

Santa Misa Crismal (30-03-21)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos en el sacerdocio, queridos obispos auxiliares, querido Vicario General, queridos vicarios y decanos aquí presentes:

Estamos unidos en este ministerio que hemos recibido gracias a la unción en el Espíritu. Y este Espíritu es la fuente inagotable de lo que somos, de lo que hacemos, de lo que vivimos, de lo que esperamos.

Y justamente, hoy día, hemos querido adelantar esta fiesta para tener la tranquilidad de organizarnos en esta situación tan adversa que nos permita, lentamente y ordenadamente, ver maneras de comunicar el Espíritu a toda nuestra gente, este Espíritu Pastoral.

No hemos sido ungidos para ser un grupo separado, sino para ser una nación santa. El gran proyecto de Dios es que todo el pueblo sea un Pueblo de Reyes, un Pueblo Sacerdotal y un Pueblo Profético. Y claro, se necesitan servidores para que podamos constituir a nuestro pueblo de ese modo. Y esa es la razón, por la cual, nosotros somos consagrados, para el servicio de la misión de constituir a nuestro pueblo como un Pueblo de reyes, un Pueblo de sacerdotes y un Pueblo profético.

Estas lecturas de este día, subrayan la importancia del Espíritu que, en primer lugar, es puesto para anunciar la Buena Noticia, la liberación de los oprimidos, de los cautivos, para curar, vendar los corazones estacados, y para que todos nosotros recibamos el año de la gracia. Este año de la gracia es el modo, en el cual, Dios se desquita de los enemigos. No se desquita con una venganza destructiva, sino con la construcción de algo nuevo que los envuelve y los sigue llamando a la conversión. Y por eso, nuestro sacerdocio, en primer lugar, es espiritual, porque es la comunicación de su amor inefable, irreversible, generoso, generador, generativo y constructor de nuevas formas de vivir, todas llenas de ese amor gratuito del cual brota la justicia.

Si nos hemos reunido hoy día tan pocos, es por motivos de seguridad, pero estamos en cierto modo, representados acá, a través de ustedes que, con mis compañeros en la orientación y dirección de nuestra Arquidiócesis, para que nosotros, representándolos a todos y unidos también por las redes con nuestro pueblo, podamos agradecer a Dios por lo que hemos recibido.

Yo quiero hacer especial mención de todos los esfuerzos que ustedes, a través de los sacerdotes que tienen en sus cargos, en sus parroquias, cómo en esta situación difícil han dado todo lo posible para que la gente sienta que el Señor no los abandona. En especial lo veo en las obras de servicio, de compartir que hemos realizado en toda la Arquidiócesis. Y en donde, ha estado presente no solamente la ayuda material, la comida, sino también la ayuda espiritual del consejo, de los propios sacramentos, que se han podido inventar formas de compartirlos. Y así, poco a poco, aprender a sostenernos en una situación que, al parecer, se puede prolongar mucho más.

Hemos cantado: “Tú eres sacerdote para siempre”, y “siempre” es un tiempo muy largo. Somos sacerdotes para todas las circunstancias complejas de la vida e incluso para las más extremas situaciones en que nos encontraremos probablemente pronto, porque estamos, curiosamente, al fin de una época, una época que, para parir una nueva, pasa por numerosas y difíciles situaciones que pueden llevar, inclusive, a quiebres históricos muy grandes.

Cuando Jesús realizó la Palabra del Padre entregándose en la Cruz, Jesús anunció unas destrucciones que coincidían con intuiciones profundas de lo que iba ocurriendo en su época. La Iglesia siempre leyó los signos de los tiempos y los leyó en forma profunda, no superficial. Y la época que vivimos requiere, de todos nosotros, una mayor visión, una mayor comprensión de las cosas para la cual nos formamos y pasamos varios años en el seminario. Y justamente, a través de la reflexión y la meditación que hacemos, no estamos destinados solamente al pequeño mundo, sino que hemos de sacrificar el propio mundo para abrírnos a las necesidades reales de la gente.

Yo sé que eso es muy difícil, porque la coincidencia de las cosas coyunturales con las cosas grandemente históricas que se están decidiendo en ese momento coyuntural, requiere siempre una mirada grande. Y quizás, en estos meses, hemos aprendido que la constancia de los problemas que están ocurriendo con la enfermedad, se unen al calentamiento global, a la producción de accidentes geográficos gravísimos, a la confusión en la dirección de las sociedades, y también, a la crisis de la Iglesia y del sacerdocio.

Por eso, sería de mi parte, como Pastor de esta Iglesia, olvidar que tengo que estar permanentemente atento junto con ustedes a 'obispear', o sea, a ponerme encima del techo y mirar de lejos. Y todos tenemos que aprenderlo, porque de lo contrario, nos hundimos en nuestros 'munditos' pequeños y egoístas, y creemos que las soluciones están a la puerta de lo que más me gusta o de lo que yo creo que es la doctrina o de lo que yo creo que es, como alguna persona dijo: "es mi opinión".

Los sacerdotes no actuamos por nuestra opinión, sino por cumplir las escrituras como Jesús, cumplir la voluntad de Dios. Y para eso hay que hacer un arduo trabajo de profundización como muchos de ustedes lo han hecho. Y por eso me alegraba y los felicitaba, porque los esfuerzos que ustedes han hecho en estos días, han sido para ponerse a la altura de algo sumamente complejo con soluciones concretísimas, pero que tienen que ver con el futuro que vamos a vivir.

El Papa Francisco ha dicho que "sin un futuro solidario de hermanos, no es posible un mundo nuevo". Y el solo hecho de que intentemos en nuestras parroquias salir a constituir nuestras parroquias misioneras y solidarias, es un modo de entroncar con esa hermandad necesaria mundialmente. Y si perdemos de vista eso que es lo fundamental y nos distraemos en otro tipo de cosas, renunciamos a nuestro sacerdocio. Por eso dijimos el domingo que una religión que no tiene como fundamento y como enseñanza el amor, está condenada a perecer. Y eso es lo que pasó con el templo de Jerusalén, muy bien representado en el Evangelio de Marcos, con el rasgamiento del velo del templo: exclusividad de los sumos sacerdotes, cuando Dios es para todos y para todas.

Por eso, hermanos y hermanas, nuestra condición de sacerdotes no es un elitismo clerical, es un servicio que requiere de nosotros, el estar atentos a la voluntad de Dios en su Palabra, y hacer el ejercicio permanente de discernir. Y agradezco que algunos de ustedes, la mayoría, lo hayan ido haciendo. Estamos en buen camino para reformar nuestra Iglesia, para superar unas costumbres que tenemos todos que, quizás, en otras condiciones pudieron haber funcionado para iluminar la historia, pero que ahora son totalmente deficientes.

Nuestra gente está ávida de sentido, ávida de Palabra y necesita sacerdotes no distraídos, pensando en cosas que no valen la pena o que son totalmente infantiles. Es verdad que esto, por lo cual los he felicitado, no quita de nosotros otras cosas que nos distraen y que a veces, yo mismo inclusive como Arzobispo, a veces, no tengo en cuenta. Todos estamos aprendiendo y tenemos que ayudarnos, justamente, a un proceso de madurez de nuestro sacerdocio para esta época que nos permitirá también madurar aquellas cosas que no maduramos desde el seminario, porque, de repente, nunca las tratamos.

Quisiera subrayar en ese sentido hermanos, el estar asistido por el Espíritu Santo, nos permite a todos la posibilidad de encontrarnos claramente ante nuestra debilidad, y agradecer a Dios, porque en medio de esa debilidad, Él nos recoge, nos alienta y nos ayuda a sanar las heridas.

Quiero decirles que en estos dos años, he encontrado a muchos de ustedes, muchas personas de los sacerdotes amigos, con una subjetividad demasiado estancada, demasiado poco trabajada, demasiado poco entendida. Y he encontrado como una especie de quiebre, una imagen del sacerdocio como un modelo al cual hay que adscribirse y con una función que hay que cumplir. Y la verdad es que me siento muy responsable de que juntos podamos ayudar a que esa subjetividad retome las cosas más importantes. No a que realice egoístamente las cosas, como a veces se piensa que es la subjetividad. Pero, es curioso que, a veces, se vive el modelito de “sacerdote perfecto”. Nos pasa a todos, porque a todos nos cuesta aprender a ser

coherentes, pero lo más importante es que la coherencia la vaya haciendo un Dios que nos da en libertad, ayudando, poco a poco, reconociendo nuestros límites. Y cuando más reconocemos nuestros límites, también dentro de esas heridas encontramos ahí situado a Jesús. Como el Papa decía: “en la barca que se hundía, pero Él estaba en la popa”.

Por eso, hermanos, vamos a pedirle al Señor que nos permita caminar para esto en el camino de Jesús que, en el Nuevo Testamento, en la lectura que hemos hecho, pone acento en el papel del Ungido para anunciar, no para señorear ni para alardear, sino para incluir los ritos como encarnación de la Palabra y el gobierno como encarnación del amor. Gobernar con amor y traducir cada signo en algo significativo para que no sea mera repetición, sino que sea palpación profunda de la vida del Espíritu, no repartidores de sacramentos, sino compartidores del amor de Dios. Y eso, hoy día, especialmente, nos es exigido, porque necesitamos responder a un clamor general de nuestro pueblo, de aliento, de vida y de esperanza.

Ustedes han notado que en este gobierno que llevamos juntos, hemos sido bastante pacientes, y les digo que lo seguiremos siendo. Aquí nosotros, no hemos sido nombrados verdugos, sino pastores, pero eso implica la profundidad que lleva a la firmeza. “Mansos como palomas, astutos como serpientes”, es una imagen del Señor que podría muy bien traducirse en “pacientes en el camino, pero firmes en la dirección”. Y eso supone en nosotros poder dialogar las cosas y poder aclararnos unos a otros con sencillez, pero con firmeza.

Por eso, quiero pedirles a todos que sepamos ser fieles como todos lo hemos sido a todos los obispos anteriores. Ninguno de nosotros ha tenido la osadía de hacer lo que le da la gana en el pasado. Y espero que también, y de hecho, en la gran absoluta mayoría de todos, hay esa fidelidad. Pero la fidelidad no es solamente al obispo, es al obispo que representa la fidelidad a toda la Iglesia. Y para eso, hemos, mutuamente, de ayudarnos a ser fieles. No se es fiel, simple y llanamente, porque eso es como una especie de imposición que se nos da, porque ya el Espíritu se nos dio. Pedro, al cual le dijo: “Tú eres

piedra y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”, negó al Señor, pero el solo acontecimiento de gratuidad profunda, generosa, gratuita completamente de parte de Jesús, lo lleva a romperse en dos y a llorar. Y ese será nuestro camino también.

Recordaba unas palabras de Benedicto XVI que compartió en el momento en que renunció, en donde cumplió una cosa que había dicho en una conferencia: “si las cosas se ponen mal en la Iglesia, procederemos con el mismo método de acción de Jesús”, y renunció. Ésa es una manera profunda, como la tuvo Jesús, de renunciar a sí mismo y de morir para que todo el mundo se convierta. Y no duden de que, por lo menos, le pedimos a Dios, que ese camino lo sepamos seguir con humildad, porque no se trata aquí de poderes ni de privilegios, ni de ensañamientos, ni de desprecio. Se trata de ser fiel al Señor y para eso no podemos confiar en nuestras fuerzas, sino en su misericordia.

Gracias por este día y feliz día adelantado del sacerdocio a todos ustedes, para que el Señor también nos ayude a todos y nos querramos, nos acompañemos y ayudemos a nuestro pueblo.